

JULIO CÉSAR Y LA IDEA DE BIBLIOTECA PÚBLICA EN LA ROMA ANTIGUA

PILAR FERNÁNDEZ URIEL
JOSÉ A. RODRÍGUEZ VALCÁRCEL
UNED

RESUMEN

Este artículo trata de mostrar de qué manera Julio César estaba guiado en todas sus acciones por su ambición por el poder y de ahí que el proyecto de fundación de la primera biblioteca pública de Roma estuviera diseñado en función de una estrategia política más que consolidara su posición tras la Guerra Civil.

ABSTRACT

This article tries to explain how Julius Caesar had moved in many actions of his political development by the ambition and how in this way is necessary consider the project of first public library at Rome to mantein his political position after Civil War.

1. INTRODUCCIÓN. LAS ANTIGUAS BIBLIOTECAS

Los hechos que rodean la aventura bibliotecaria de la Antigüedad son tan apasionantes como testimoniales. Aunque las bibliotecas helenísticas nos informan de importantes datos de sus fundadores y de su relación con la cultura que sirvieron, todavía su conocimiento presenta importantes lagunas.

Existen notables cuestiones sobre la fundación y la función de las antiguas bibliotecas. Incluso de las más notables como la biblioteca de Alejandría, de la que desconocemos si su fundador fue Tolomeo I Soter o Tolomeo II Filadelfo; ignoramos el orden exacto de los bibliotecarios (*próstates* o *bibliofylax*) que dirigieron los destinos de esta importantísima biblioteca (¿Demetrio de Falero, Zenódoto de Efeso, Apolonio de Rodas, Eratóstenes, Aristófanes de Bizancio, Apolonio de Alejandría, Aristarco, etc.).¹

Poco podemos afirmar, salvo a través de suposiciones, sobre los libros que formaban parte de sus fondos y es constante el debate sobre la cantidad de rollos de su patrimonio. También ignoramos el significado preciso de las palabras *symmigeîs* y *amigeîs* con las cuales se dividía físicamente la colección. Sólo podemos hacer algunas posibles suposiciones sobre el uso de los famosos catálogos denominados *pinakes*.²

Cerrando este conjunto de dudas, el fatal desconcierto de su final, donde se mezclan, en una extraña secuencia, el incendio que, precisamente, se ocasionó en época del personaje histórico objeto de nuestro trabajo, Julio César, perdiéndose parte de sus existencias, añadiéndose después la devastación por la intolerancia religiosa de cristianos y musulmanes, sin descontar la desidia de autoridades y funcionarios palaciegos.³

Roma. Las primeras colecciones

Hasta mediados del siglo II a.C. no puede decirse que Roma contara con una literatura propia cuantitativamente importante. Pero, por entonces, ya existía una nobleza ilustrada, que seguía los dictados literarios y filosóficos de las modas helénicas y se había dado el fenómeno del mecenazgo, en torno al «círculo de Escipión».

Antes de las bibliotecas públicas, hubo colecciones particulares que los nobles romanos buscaban y se procuraban a gran precio o se llevaban de las ciudades griegas conquistadas y este afán continuó activo en los demás siglos del Imperio. La primera colección de esta clase privada constatada, fue la de Paulo Emilio, año 160 a.C:

«El primero que introdujo en Roma gran cantidad de libros fue Emilio Paulo, después de la derrota de Perseo, rey de los Macedonios; después de él, Lúculo, como parte del botín del Ponto. Más tarde César confió a Marco Varrón el encargo de organizar una gran biblioteca. Sin embargo, Polión fue el primero que abrió en

1 La bibliografía sobre la biblioteca de Alejandría es numerosa. Ver entre otros: CANFORA, L.: *La véritable histoire de la bibliothèque d'Alexandrie*. Paris, 1988, pp. 212; ESCOLAR SOBRINO, H.: *La Biblioteca de Alejandría*. Madrid, 2001, pp. 202; FRASER, P.M.: «Ptolemaic Patronage: The Mouseion and Library», *Ptolemaic Alexandria*. Oxford: Clarendon Press, 1972. Vol. 1, pp. 305-335; WITTY, F.J.: «The Other Pinakes and Reference Works of Callimachus». *Library Quarterly*, 43, 1973 pp. 237-244. Sobre otras bibliotecas como la de Antioquia: NORMAN, A.F.: «The Book Trade in Fourth-Century Antioch». En: *Journal of Hellenic Studies*, 80, 1960 pp. 122-126; MAC LEOD, Roy (Ed.): *The Library of Alexandria: Centre of Learning in the Ancient World*. London-New York, 2001, pp. 196; NELLES, P.: «Juste Lipse et Alexandrie: les origines antiques de l'histoire des bibliothèques», *Le pouvoir des bibliothèques: la mémoire des livres en Occident*. Marc Baratin= Christian Jacob ed, Paris, 1996, pp. 224-242; PARSONS, E. A.: 1952. *The Alexandrian Library: Glory of Hellenic World: its Rise, Antiquities, and Destructions*. Amsterdam-London-New York, 1952, pp. 468.

2 BAGNALL S. R.S.: «Alexandria: library of dreams». En: *Proceedings of the American Philosophical Society*. Vol. 146, no. 4, 2002, pp. 348-362.

3 HOLMES, A.: «The Alexandrian Library»: *Libri*, 30, 1980 pp. 285-294.

Roma una biblioteca pública, integrada por obras tanto griegas como latinas; las imágenes de muchos escritores aparecían expuestas en su atrio, que había adornado con la mayor magnificencia con obras procedentes de compras de botines.» (Isidoro de Sevilla, Etimologías VI 5)

Es de suponer, por tanto, que los libros circulaban, aunque no hubiera ni un sistema organizado para su difusión, y que existían bibliotecas privadas, al menos las que habían llegado a Roma desde Grecia como botín de guerra. Un siglo más tarde, en época de Cicerón, ya hay constancia de la existencia en Roma de un sistema de edición y difusión de libros; incluso hay un barrio donde los libreros abren sus florecientes negocios: el *Argiletum* (la zona comprendida entre el foro y la Suburra).⁴

Los libreros romanos podían lograr fabulosos beneficios copiando las obras de los autores de éxito, aunque éstos no cobraban lo que hoy conocemos como «derechos de autor». Colocaban a la entrada de sus tiendas llamativos carteles con los títulos y precios de las novedades. Solían tener la exclusiva de los autores importantes; así Tito Pomponio Ático era editor de Cicerón, los hermanos *Sosii* de Horacio, Atrecto y Segundo de Marcial, Doro de Séneca, y Trifón de Quintiliano.⁵

Ático personaje con quien Cicerón mantuvo una interesantísima relación epistolar siempre estuvo interesado por los libros, como comentan Cicerón y Nepote. Así comenta Nepote: «*Si se consideran sus servicios, contó con una servidumbre excelente; pero si es por la apariencia, se diría que era prácticamente normal. La integraban jovencitos muy instruidos, extraordinarios lectores y en su mayoría copistas, de suerte que no había ni siquiera un lacayo que no fuera capaz de realizar de manera aceptable alguna de estas dos tareas. De los que exige la organización doméstica, los demás eran también especialistas, y de los buenos. Sin embargo, entre ellos no tuvo ninguno que no hubiese nacido y se hubiese formado en su casa.*» Nepote, *Vita Attic.* XIII 3)

Los gramáticos, por su parte, se aplicaron al estudio y comentario de las obras de los autores consagrados o más o menos aceptados y los más importantes vieron incorporadas sus propias obras a los programas educativos de las escuelas. Este último factor suponía una selección consciente, que determinó la fortuna de la transmisión de algunos autores que quedaban a expensas de los gustos de cada época.⁶

2. JULIO CÉSAR

Cuando Julio César había llegado a la cima de su carrera política y se podía afirmar que era el dueño de Roma, se esforzó por consolidar su posición tratando de justificar por todos los medios su ascenso al poder.

Utilizó su obra literaria como propaganda política, pues redactó su versión de «*La Guerra Civil*», cuya calidad literaria está a la altura de su relato de «*La Guerra de las Galias*», si bien

4 JACKSON SIDNEY, L.: *Libraries and Librarianship in the West: a Brief History*. New York: McGraw-Hill 1974 p. 489 y ss.

5 NORMAN, A.F.: «The Book Trade in Fourth-Century Antioch». En: *Journal of Hellenic Studies*, 80, 1960 pp. 122-126.

6 PFEIFFER, R.: *History of Classical Scholarship: from the Beginnings to the End of the Hellenistic Age*. Oxford: Clarendon Press. 1968.

se echa de menos la sensación de objetividad e imparcialidad que transmitía éste. Las últimas campañas de la Guerra Civil no las planteó como tales, sino como intentos de rebelión de las provincias de África e Hispania que él se encargó de sofocar. En los triunfos que celebró, no hubo ninguna alusión a Farsalia. Sin embargo, César encontró un duro adversario a su propaganda y su obra en la figura de Cicerón, del que comentaba: «*No se pueden comparar las palabras de un soldado con la fuerza expresiva de un orador nato que además dedica todo su tiempo a la literatura.*»⁷

En los dos últimos años César había demostrado que no sólo era un gran estratega, sino también un buen gobernante con importantes medidas en política interior⁸.

Entre estas importantes medidas fue el proyecto de crear la primera biblioteca pública de Roma. No vio cumplido su deseo. Fue uno de sus planes que no llegó a realizar porque no tardó en ser asesinado, en el 44 a.C. La construcción quedó aplazada *sine die* pero la idea —y esto es lo verdaderamente importante— arraigó en sus sucesores, Augusto y la familia Julio-Claudia y tras ellos los cesares romanos, pues antes de que Julio César ideara abrir las bibliotecas al público, no existían en Roma.⁹

Sería Gayo Asinio Polión quien fundase la primera biblioteca pública de la «*Urbs*» en el 39 a.C., en el *Atrium Libertatis*. No mucho después, Augusto fundó una biblioteca aneja al templo de Apolo del Palatino (28 d.C.) y otra en el Campo de Marte. Y desde entonces se siguieron abriendo bibliotecas durante el Imperio. En efecto, bajo la familia Julio-Claudia y aún más adelante, la creación de nuevas bibliotecas públicas no dejó de incrementarse, llegando a un número considerable. Citaremos como más notables la siguiente relación: *Bibliotheca in Atrium Libertatis*, *Bibliotheca Templi Apollinis*, *Bibliotheca Porticus Octaviae*, *Bibliotheca Templi Augusti*, *Bibliotheca Domus Tiberianae*, *Bibliotheca in Templo Pacis*, *Bibliotheca in Foro Traiano*, *Bibliotheca in Capitolio*, *Bibliotheca in Templo Aesculapii*.

Sin duda, en otras ciudades romanas se hallarían magníficas colecciones de libros. En una pequeña población como Herculano se ha descubierto una con más de 1.800 piezas de papiro que debieron componer unos ochocientos rollos. Las bibliotecas romanas podían formar parte de los grandes complejos arquitectónicos, como las termas o los templos, y estar a disposición de sus visitantes. Se calcula que Roma llegó a tener en el siglo II d.C. hasta veintiocho bibliotecas públicas. En cuanto a las privadas, algunas también fueron considerables, como la del poeta

7 QUETGLAS NICOLAU, P.J.: «César y el Corpus cesarianum», en *Julio César y Corduba. Tiempo y espacio en la campaña de Munda*, Ed. Melchor Gil, E.; Mellado Rodríguez, J.; Rodríguez Neila, J.F. Córdoba, 2005, pp. 147 y 148, con abundante bibliografía sobre la cuestión.

8 Sólo recordar su reforma del Senado, la ampliación de la ciudadanía romana a la Galia Cisalpina y a algunas ciudades de la Galia Transalpina e Hispania. Además, modificó el sistema tributario, reformó el calendario, inició la reconstrucción de Cartago y Corinto, repoblándolas con romanos y griegos, respectivamente. Incluye grandiosos planes de construcción, como levantar mapas de todo el ámbito romano, desecar marismas y mejorar los puertos. Sobre Julio César entre una extensísima bibliografía ver: GELZER, M.: *Caesar. Der Politiker und Staatsmann*, Stuttgart (1921); YAVETZ, Z.: *Caesar in der öffentlichen Meinung*, Düsseldorf, 1979; BENGTON, H.: «Caesar, sein Leben und sein Herrschaft», *Kleine Schriften zur Alten Geschichte*, München, 1974, pp. 421-469; CARCOPINO, J.: *Julio César*, Madrid, 1974. Más recientemente: Chr. MEIER: *Caesar*, Berlín (1982); CANFORA, L.: *Julio César, un dictador democrático*, Madrid, 2000; CHRIST, K.: *Caesar, Annäherungen an einen Diktator*, Manchen, 1994; JEHNE, M.: *Caesar*, München, 2002.

9 RODRÍGUEZ VALCÁRCEL, J.A.: *Procurator bibliothecae augusti: los bibliotecarios del emperador en los inicios de las bibliotecas publicas en Roma*, *Anales de Documentación* 7 (2004) pp. 175-184.

Persio. En el siglo IV, contaba Roma con veintinueve bibliotecas públicas que la invasión de los bárbaros destruyó casi por completo¹⁰.

3. EL PROYECTO DE JULIO CÉSAR

Siendo importante la idea de crear dicho tipo de biblioteca, no lo son menos las motivaciones que pudieron haber impulsado a César a concebir dicho proyecto. Es muy probable que estuviera influido en este gran propósito por la gran biblioteca de Alejandría, meditada ya por su admirado Alejandro Magno.

Posiblemente, los modelos sobre los que poder adoptar ideas para lograr llevar a cabo una obra de tal envergadura están claros y no plantean problemas ya que existían dos grandes bibliotecas en aquel momento: Pérgamo y Alejandría.

La ciudad de Pérgamo había sido conquistada por Roma ya en el siglo anterior y su biblioteca era bien conocida, así como la de Alejandría. Concretamente, César tenía, además, un conocimiento directo de esta última ya que había residido en aquella ciudad entre el 2 de octubre del año 48 a.C. y el 28 de junio del 47 a.C., durante el curso de las operaciones desarrolladas con motivo de la guerra emprendida contra las tropas de Pompeyo.¹¹

Otra cuestión que suscita interés es el escoger al frente de dicho proyecto a Marco Terencio Varrón, que, aunque reconocido hombre de letras, era partidario de Pompeyo y había luchado en España al frente de dos legiones Pompeyanas, si bien, como tantos otros, había obtenido el perdón de César.¹²

César encargó a Varrón para la ejecución de la biblioteca, la compra de los libros así como la primera clasificación que establecía la división de la biblioteca en dos salas: una griega y una latina.

No disponemos de más datos que nos indiquen con qué otro personal iba a contar para desarrollar el ingente trabajo que habría de realizarse, ni tan siquiera si Varrón aceptó la oferta, los medios de ejecución del mismo o su exacto emplazamiento.

Es posible que fueran esclavos instruidos de origen griego que ya trabajaran en otras bibliotecas privadas, bien miembros de la élite romana o bien procedente del ámbito griego. Tampoco es posible saber cual era el grado de profesionalidad que debemos adjudicar a este personal, dado que únicamente disponemos de información de quienes estaban encargadas de cada una de las bibliotecas, pero no de sus funciones. (Suetonio, *Divus Iulius*, 44,2.)

Finalmente, las motivaciones que llevaron a César a crear dicha biblioteca no parecen estar ya tan claras. Para ello podemos tratar de explorar una triple vía:

10 HESSELL, A.: 1955. *A History of Libraries*. New Brunswick, N.J.: The Scarecrow Press. 1955, pp. 198 y ss.

11 No entraremos en la discusión, en este artículo al menos, sobre los modelos que César pudo tener como referencia por obvios, es decir, las bibliotecas de Pérgamo y de Alejandría, la cual tuvo oportunidad de conocer durante su accidentada estancia en aquella ciudad entre octubre del 48 y junio del 47 como ya hemos dicho, e, incluso, la posible intervención en el nacimiento del proyecto de Cleopatra, ya que se encontraba en Roma en el año 46. Vid. Dión Casio, *Historia Romana*, XLIII. 27.3; Cicerón, *Epistulae ad Atticum* XIV.20,2: «*De regina velum atque etiam de Caesare filio*»; CLARK, J.W.: *The care of books*. London, 1975 «(...) when the necessity for establishing a public library at Rome had been recognised, the splendid structure at Pergamon would be turned to as a model», p. 12.

12 JOHNSON ELMER, D.: *A History of Libraries in the Western World*. New York and London: The Scarecrow Press., 1965, p. 418 y ss.

1. La evergesía propia de la élite dominante.
2. La ampliación y democratización de la educación entre un número cada vez mayor de habitantes de la ciudad de Roma.
3. El cálculo político a largo plazo.

Los dos primeros factores son convergentes y complementarios a un tiempo del tercero, desde luego dominante, a nuestro modo de ver, lo que podría tratar de explicar este proyecto político-cultural.

3.1. La evergesía

«Evergesía» significa, de manera general, «actuar o hacer el bien» y además es sinónimo de un conjunto de obligaciones sociales para las cuales existen conceptos latinos que pueden definir bien dicha actitud como *liberalitas*, entendida como donación a la comunidad o a un grupo de ésta; *munificentia* asimilable a una generosidad de grandes proporciones o *beneficium*, consistente en los beneficios o prebendas que alguien concedía a individuos determinados o bien grupos de personas que podían alcanzar incluso a comunidades enteras. Su ejemplo y antecedente más claro se encuentra en los monarcas helenísticos.¹³

Entre estas motivaciones se encontraba la promoción política y perpetuación de la memoria, siendo este punto importante para nuestra exposición, un medio de asegurarse el voto en los comicios. Pero tenía además una vertiente financiera ya que suponía gastar bienes propios a favor de la ciudad y los ciudadanos, sin olvidar la social a través de diversas actuaciones.¹⁴

Una buena parte de las donaciones efectuadas durante la República fueron realizadas por magistrados que cumplían así sus promesas electorales. No obstante, políticos como Cicerón criticaban el empleo de estas artimañas, (Cicerón, *De officiis*. II), aunque, este hecho se fue convirtiendo en una práctica habitual a finales del siglo II y sobre todo en el siglo I a.C., y a

13 Sobre esta actuación de las elites romanas, semejante al evergetismo de los príncipes helenísticos ver: GEHRKE, H.J.: «Romische Nobilität und Hellenismus», FUNCK, B. (Hg.), *Hellenismus, Akten des Internationalen Hellenismus-Kolloquiums*, 9-14. Marz, 1994 in Berlín, Tübingen, 1996, pp. 525-541; GOLDMAN, F.: «Nobilitas als Status und Gruppe-Überlegungen zum Nobilitätsbegriff der römischen Republik», en SPIELVOLLGEL, J. (Hrsg.), *Res publica reperta. Zum Verfassung und Gesellschaft der römischen Republik und des frühen Prinzipats*, Stuttgart, 2002, pp. 45-66; GRUEN, E.S.: *The Last Generation of the Roman Republic*, Berkeley, 1974; IBIDEM: *The Hellenistic World and the Coming of Rome*, Berkeley, 1984; IBIDEM: *Culture and National Identity in Republican Rome*, Londres, 1992.

HÜLKESKAMP, K.J.: *Die Entstehung der Nobilität. Studien zur sozialen und politischen Geschichte der Römischen Republik im 4. Jh. v. Chr.*, Stuttgart (1987); también: MELCHOR GIL, E.: *La munificencia cívica en el mundo romano*. Madrid, 1999, pp. 13.

14 En otras, fiestas, banquetes —*epula*—, fundaciones basadas en la entrega de sumas de dinero —*sportulae*— ayudas a de comunidades que hubieran sufrido alguna desgracia, aceite para el gimnasio, entradas gratuitas para las termas, etc.(Cicerón, *Pro Sulla*. XIX.54), incluso leña para ellas (.CIL X.3678), juegos y espectáculos). Otra de las principales manifestaciones y tal vez más espectaculares de los evergetas era la construcción, la reconstrucción o el embellecimiento de los edificios públicos, como termas, acueductos, teatros. Ver ALFOLDY, G.: «Evergetismo en las ciudades del Imperio romano». *Actas del XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica. La ciudad en el mundo romano*. Vol. I. Tarragona, 1994, pp. 63-67; DUNCAN-JONES, R.: «Who paid for public buildings in roman cities?», *Roman Urban topography in Britain and the Western Empire: quantitative studies*. Cambridge, 1982; JOUFFROY, H.: *La construction publique en Italie et dans l'Afrique romaine*. Estrasburgo, 1986.

partir de Augusto, este tipo de evergesía quedó reducida y monopolizada por la familia imperial en lo que a Roma se refiere.¹⁵

César no fue una excepción. Durante su etapa como edil en el año 65 a.C. llevó a cabo una vasta política de obras de munificencia como el adornar el Capitolio con galerías provisionales en las que hizo exponer una parte de sus colecciones de arte (Suetonio, *Divus Iulius*. 10.1), dar espectáculos de caza y otros juegos diversos, adjudicándose luego todo el mérito pese a que quien los había financiado había sido Bíbulo. César llegó a tener un enorme endeudamiento primero a consecuencia de su actividad edilicia y después en la pretura, (Apiano, *Bellum Civile*. II 1.3) y en las campañas electorales para el pontificado máximo, comenzando entonces la acuciante necesidad de financiación que determinó muchas de las acciones que emprendió como el saqueo del tesoro de algunos templos o el fracasado proyecto de hacerse encomendar una «misión extraordinaria» en Egipto a la que finalmente tuvo que renunciar (Suetonio, *Divus Iulius*, 11). No obstante, siguiendo las inclinaciones de su ambición política había realizado préstamos a bajo interés o sin ninguno a miembros del Senado, así como obsequiado con ingentes sumas a ciudadanos de otras clases sin olvidar a libertos o esclavos si sabía que eran apreciados por su amo o «patronus» (Suetonio, *Divus Iulius*. 27.1). Aunque en muchas ocasiones la fuente de financiación era el rico Craso, políticamente sus esfuerzos iban encaminados a vincularse al poderoso Pompeyo, aunque en la campaña electoral para el consulado tuvo que recurrir a otros financiadores¹⁶.

Durante los años cincuenta del siglo I a.C., Cesar se mantuvo presente en Roma a pesar de sus ausencias a causa de las campañas militares, mediante una actividad económica realizada con particulares y con obras de utilidad pública como el *Forum Iulium*, cuyo terreno había costado más de cien millones de sestercios (Suetonio, *Divus Iulius*. 26.2; Dión Casio. *Historia Romana*, XLIII.22.2)¹⁷

Cicerón conocía que César tenía grandes planes para la mejora de la ciudad de Roma (Cicerón. *Epistulae ad Atticus*, XIII.20: «*De urbe augenda quid sit promulgatum (...)*», Plinio también reseña dichos proyectos (Plinio el Viejo, *Naturalis Historia*. IV.10)

15 MITCHELL, S.: «Imperial building in the Eastern Roman Provinces». *HSCP*, 91 (1987), pp. 349-352; MILLAR, F.: *The emperor and the Roman World*. London, 1977 p. 420-434.

16 Entre los planes de mejora se encontraba el drenaje del lago Fucino (Dión Casio, *Historia Romana*, XLIV, 5.1; Plutarco, *Caesar*. 58; Suetonio, *Divus Iulius*, 44. 2-3), el templo de Felicitas que fue construido sobre la Curia Hostilia y una nueva Curia, dedicada a Marte, fue planeada para el Foro Julio, (Cicerón. *Epistulae ad Atticus*, XIII. 42.3; César. *Bellum Africanum*, 83; Dión Casio, *Historia Romana*, XLIV, 5, 1-2 y 49.2), el cual, según escribe Apiano, fue concebido por César para los romanos no con fines mercantiles sino como lugar de encuentro para tratar asuntos públicos. (Apiano. *Bellum Civile*. II.102). Otros proyectos pasaban por construir un gran teatro en la roca Tarpeya, (Suetonio. *Divus Iulius*, 44; Dión Casio, *Historia Romana*, XLIII, 4.1; 49.2), reestructurar el campo Vaticano con la función del campo Marcio, (Cicerón. *Epistulae ad Atticus*. XIII.33 a En esta carta enumera las mejoras de la ciudad: «(...) a ponte Mulvio Tiberiam duci secundum montes vaticanos, campum Martium coaedificari, illum autem campum Vaticanum fieri quasi Martium campum (...)», remover los bancos de arena y rocas de la bahía de Ostia para que pudieran anclar muchos barcos e incluso que las naves comerciales pudieran llegar hasta la misma Roma, (Suetonio. *Divus Claudius*.20); CANFORA, L.: *Julio César: un dictador democrático*. Barcelona, 2000, p. 45; BRUNT, P.A., (1971): *Italian Manpower*. 225 Re. -A.D. /4, Oxford.; Cicerón en el discurso titulado *En agradecimiento al Pueblo*, 3.5 escribe de Pompeyo que era «(...) el personaje más importante de todos los pueblos, de todos los siglos y de toda la historia por su valor, fama y gestos»

17 STORONI MAZZOLANI, L.: *L'idea di citta nel mondo romano. L'evoluzione del pensiero politico romano*, Florencia, 1994.

Es posible que la «*Lex Caecilia de urbe augenda*» se refiera en parte a esta intención de mejoría de la ciudad de Roma pero el conocimiento profundo de esta ley impide establecer con certeza su posible identificación con la «*Lex Pomponia*» citada por Cicerón en una de sus cartas a Atico, (Cicerón, *Epistulae ad Atticus*, XIII. 35.1 «*Gentilis tuus urbe auget.*»)

Nicolás de Damasco menciona que César tenía un interés personal en desarrollar este tipo de proyectos culturales, actividad muy acorde con el estrato social al que pertenecía, además de la estrategia política llevada a cabo para ejercer su influencia sobre los ámbitos y personas más diversas y, desde luego, su proyecto bibliotecario iba encaminado dentro de esta vía, es decir, el granjearse el favor de hombres de letras, algunos con gran influencia política como Cicerón, y que muchos de ellos habían estado en su contra durante la guerra civil como Varrón¹⁸.

También bibliotecas fueron las edificadas gracias a donaciones como las efectuadas por Claudio Atico o Plinio el Joven, de quien se puede testimoniar el establecimiento de una biblioteca en la localidad de Como para sus conciudadanos, (Plinio el Joven, *Epistuli* 1, 8, 2;)¹⁹. Son claros antecedentes la biblioteca erigida merced a la donación de cuatrocientos mil sestercios de Julio Quintiniano en Timgad, como reza una inscripción o bien la biblioteca de Efeso que lo fue gracias a Tiberio Julio Celso, cónsul en 92 y procónsul de Asia en 105-6²⁰.

3.2. La educación

César era según Plutarco, (Plutarco. *Caesar*, 17.7; CIL V.5262), uno de los aristócratas más refinados y cultos y muy apto para apreciar las comodidades de los privilegiados pero capaz igualmente de someterse a la más dura de las disciplinas y al mismo tiempo disponer de una lucidez y una creatividad incluso en las condiciones materiales más difíciles: dictar cartas mientras cabalgaba y tener ocupados simultáneamente a dos o más escribanos. Ello es reflejo de la educación aristocrática recibida que incluso se manifiesta en su primer acto como cónsul, en el que aprueba una disposición que hacía público el informe escrito de las actas del senado, así como los informes verbales que rendían cuentas de los trabajos de las asambleas populares, lo cual evidencia una tradición democrática de raigambre griega y vinculada al uso de la escritura²¹.

Esta cuestión nos lleva a analizar el grado de desarrollo y extensión de la educación en Roma en el momento en que César plantea su proyecto de biblioteca pública, pues debemos preguntarnos por sus fines y por sus destinatarios y si realmente existía una necesidad social rentable para tal creación o si, por el contrario, se trataba de un espacio reservado a unos pocos.

18 GIGLIONI, G.B.: *Lavori pubblici e occupazione nell'antichità classica*. Bologna, 1973; YAVETZ, Z.: *Julius Caesar and his public image*. New York: Cornell University Press, 1983; FEDELI, P.: «Biblioteche private e pubbliche a Roma en el mondo romano», *Lo spazio letterario di Roma antica*. Roma, 1989 «Doveva trattarsi di un progetto grandioso, in tutto e per tutto degno di chi aspirava a emulare la magnificencia dei maggiori sovrani ellenistici», pp. 48-49.

19 SHERWIN-WHITE, A.N.: *The letters of Pliny. A historical and social commentary*. Oxford, 1966, p. 106; CIL V.5262.

20 FEDELI, P.: «Biblioteche private e pubbliche a Roma é nel mondo romano». En *Lo spazio letterario di Roma antica*. Vol. II. *La circolazione del testo*. Roma, Roma, 1989; KAHLER, H.: «Biblioteca». En *Enciclopedia dell'arte antica*. II. Roma, 1959; STROCKA, V.H.: «Romische Bibliotheken». *Gymnasium*, LXXXVIII (1981), pp. 307-9; CALLMER, CHR.: «Antike Bibliotheken». En *Opuscula Archaeologica* III. Lund-Leipzig, 1944.

21 CANFORA, L., op. cit., p. 95; MEIER, Chr.: *Cesare. Impotenza e onnipotenza di un dittatore. Profili biografici*. Torino, 1995.

A pesar de que Guillén asegura que en el tiempo «semimítico» de los primeros monarcas romanos, la mayor parte de la población sabía leer y escribir, aunque eso sí reduciendo dichos conocimientos a cuestiones puramente prácticas vinculadas al derecho o a la agricultura. Hacia mediados del siglo V a.C. ya se encuentran testimonios de escuelas en Roma, pero la difusión de la escritura y, por tanto, de la lectura, estaba bastante limitada a estratos sociales sacerdotales y otros que, por su pertenencia a la élite, podían utilizar la escritura para fijar textos de carácter conmemorativo, bien fueran de carácter funerario o bien otro tipo de aspectos más relacionados con la vida civil.²² De los siglos VI y V a.C. nos llegan inscripciones en objetos de uso cotidiano que presuponen una extensión mayor del alfabeto, que se irá ampliando más entre los siglos V y III a.C. Plauto parece describir la existencia de un alfabetismo no demasiado extendido, (Tito Livio, 44,6; Dionisio, 11, 28). Sin embargo existen diversas noticias, como la que proporciona un personaje de Petronio el cual dice: «(...) no he estudiado la geometría, ni la literatura, ni otras zarandajas de este tipo; sé leer las inscripciones, domino las cuatro reglas de la aritmética y conozco el valor de todos los pesos y medidas». (Petronio, *Satyricon*, 57.7). Esto era, en definitiva, la educación pragmática de aquellos que podían haber seguido algún tipo de estudio.

Escuelas y profesores empezaron a proliferar desde el siglo II a.C. con la incorporación de Grecia al orbe romano. (Horacio, *Epodo*, 2,1. 156: «*Graecia capta ferum victorem cepit et artes/intulit agresti Latio*»). Según Plutarco, el primer maestro que en Roma abrió una escuela «de pago» fue Espurio Carvilio, liberto del cónsul Carvilio en 235 a.C., (Plutarco. *Cuestiones romanas*, 59), pero fue Crates de Malos quien supuso un gran influjo en la educación de la ciudad de Roma y quien había llegado a la ciudad con una embajada del rey Atalo de Pérgamo en 159 a.C.²³

Más adelante, en 154 a.C., llegarán como embajadores de Atenas los filósofos Carneades, Diógenes de Babilonia y Critolao, los cuales también participarán en estas actividades educativas. (Plinio, *Naturalis Historia*. 7, 112; Gelio. 7, 14,8; Plutarco, *Cato Maior*, 22)

Existía, no obstante, una especie de «leyenda negra» que había recaído sobre los «*graeculi*» a quienes se acusaba de ser los causantes de la pérdida de las costumbres ancestrales. Muestra de ello fueron diversas disposiciones adoptadas por el cuerpo senatorial en contra de lo griego y de los griegos: en 173 a.C. expulsión de los filósofos epicúreos Alcias y Filiscos, (Athenaeus.12,547^a) y en 161 se dispuso una medida de carácter general contra filósofos y retores²⁴.

Otro personaje influyente en la educación romana fue Livio Andrónico, también griego, quien abrió una escuela de griego y latín, (Suetonio, *De Grammaticus*. 25; Aulo Gelio 15, 11)

Será hacia finales de la república cuando dispongamos de libros de contenido literario, que se mencione en las fuentes la existencia de librerías y que existieran lectores con un gran interés por la sabiduría y el estudio y no tanto por las cuestiones puramente pragmáticas, aunque todos ellos de elevada condición social. Está fuera de toda duda que la cultura romana era un

22 GUILLÉN, J.: *Urbs Roma*. Salamanca, 1977. Vol. I, p. 203; PALLADINI, V.: *La storia della scuola nell'antichità*. Milan, 1952.

23 El primer maestro del que se tiene noticia es Livio Andrónico, procedente de Tarento, y que fue llevado cautivo a Roma tras la toma de la ciudad en 272 a.C.

24 Hay que recordar estos primeros tiempos de conquista y más adelante, algunos si se preocupaban por la pureza de lo latino frente a lo griego como Tiberio, quien en el senado quería que si existían palabras apropiadas en latín no se introdujeran vocablos griegos, como relata Suetonio en su vida de Tiberio. Desde el fin de la III Guerra de Macedonia, miles de griegos fueron llevados a Roma, donde encontrarían empleo como pedagogos o preceptores.

civilización que utilizaba masivamente la escritura pero la educación que si bien podía alcanzar niveles prácticos para el uso de la vida cotidiana, no se extendía entre la mayoría hasta esos otros niveles intelectuales en los que estos ciudadanos pudieran sentir la necesidad de disponer de una biblioteca como la que el proyecto de César quería crear, de modo que dicho proyecto debía estar más encaminado a resaltar la magnificencia de la ciudad de Roma, a ensalzar a su creador y propiciar una buena imagen entre los hombres de letras de Roma, colectivo al que el mismo César podía pertenecer por derecho propio.²⁵

De todas formas, aún con ser muchas las bibliotecas privadas, únicamente conocemos el caso del comandante Lúculo, (quizá el Lúculo que venció a Mitrídates del Ponto), que habiendo formado una extensa biblioteca permitía usarla a quien lo solicitara. El propio Cicerón escribe que estando en su villa de Túsculo quería consultar ciertos libros de la biblioteca del joven Luculo, y allí se encuentra con Catón, quien le pregunta sobre su visita. Cicerón le responde que para hacer una consulta, (*De finibus bonorum et malorum*. III.2.7). Este episodio ilustra lo mucho que una biblioteca pública bien dotada iba a beneficiar a intelectuales de esta entidad.

Ello sería un buen influjo para el proyecto y un toque de atención hacia la posible necesidad de las bibliotecas, espoleada quizá por la afluencia de maestros y estudiosos a una ciudad que se estaba convirtiendo poco a poco en la capital del mundo conocido en una atmósfera general de prosperidad y expansión²⁶.

3.3. La cuestión política y la elección de Varrón

La tarea «evergética» de Julio César, en sus más diversas formas, no tuvo descanso durante todos los años de su vida política. En esta línea puede incluirse la idea de realizar proyectos como la primera biblioteca pública de la ciudad de Roma, en un momento en el que tampoco existía una extensión universal de la educación o de la alta cultura y aquéllos en disposición de hacer uso de unos fondos latinos y griegos eran una reducida minoría, entre los que, sin embargo, hubieran estado algunas figuras de bastante calado político de esos años como Cicerón.

Por otro lado, la encomienda del proyecto a un general pompeyano tras la guerra civil, es decir a un enemigo de César en el campo de batalla y no a figuras afines al dictador como Asinio Polión, primer fundador real de una biblioteca pública en Roma, nos conduce a tratar de desenrañar la intencionalidad política de César oculta tras una idea tan elevada y tan aparentemente inocua, máxime teniendo en cuenta las grandes ambiciones políticas del dictador.

25 Suetonio. (Suetonio, *Divus Iulius*, 56), nos dejó un comentario sobre los escritos de César, pudiendo así enumerar los siguientes: 1) Varios discursos como *En defensa de Quinto Metelo* y *A sus soldados de Hispania*; 2) *Comentarios sobre las campañas de la guerra de las Galias* y *la Guerra Civil*; 3) Dos libros titulados *Sobre la Analogía*, 26, Suetonio *De grammaticis*, 7, otros dos titulados *Anticatones*, (Dión Casio. *Historia Romana*. XLIII. 13.4), 4) un poema denominado *El Viaje* 5) Correspondencia 6) Varios escritos de juventud como *Alabanzas a Hércules*, la tragedia *Edipo* y una colección de sentencias. Es bien conocido el intercambio de ejemplares entre los historiadores o literatos latinos pertenecientes a sus bibliotecas privadas a través de la correspondencia de Cicerón, por ejemplo en una de mayo del año 54 escribe: «(...) me faciliten tus libros (...) tanto los de Varrón como los otros, pues necesito utilizar algunas cosas de esos libros para los que ahora tengo entre manos», vid. Cicerón, *Epistulae ad Atticus*, 88 (IV.14) o una de abril del año 55: «Yo aquí me alimento con la biblioteca de Fausto (...)» [Fausto Cornelio Sula], vid. Cicerón, *Epistulae ad Atticus*, 84 (IV.10); también en otras obras encontramos las mismas referencias: «(...) queriendo consultar ciertos libros de la biblioteca del joven Lúculo (...)», vid. Cicerón, *De finibus bonorum et malorum*: III. 27.

26 BONNER, S.F.: *La educación en la Roma Antigua: desde Catón el Viejo a Plinio el Joven*. Barcelona: Herder, 1983.

Estos tres personajes citados parecen girar en torno a la figura de César en esta cuestión: Varrón, Polión y Cicerón, interrelacionándose también entre ellos.

Marco Terencio Varrón, fue educado con gramáticos de la talla de L. Elio Estilón y Antíoco de Ascalón, adoptando quizá por ello una fuerte inclinación hacia el estudio, lo cual no le impidió desarrollar una carrera política de largo alcance, ocupando una serie de cargos, además de convertirse en legado de Pompeyo en Hispania y participar en la lucha contra la piratería y prestar finalmente servicios al propio Pompeyo en Hispania durante la Guerra Civil: (Apiano, *Bellum Civile*. IV.47)²⁷

Varrón era filósofo e historiador, al tiempo que buen soldado y general, partidario de Pompeyo, como relatan las fuentes: «*Marchó con tropas a España, resuelto a arrojar de allí ante todo a Afranio y Varrón, lugartenientes de Pompeyo (...)*» (Plutarco, *Caesar*, XXXVI, Dión Casio, *Historia Romana*, XLI.23.2, aunque ya hacía tiempo que se había retirado de la política y dedicaba a la erudición sus energías²⁸).

Por otra parte, se trataba, quizá, del más erudito de los romanos de aquel tiempo. San Jerónimo, a través del relato de Aulo Gelio, (Aulo Gelio, *Historia Romana*. 3.10.17, ofrece un catálogo de sus obras, bastante incompleto, con unas cuarenta y ocho que versaban sobre materias de todo tipo, ya fuera sobre gramática, geometría o música, como la ya citada *Antiquitates*, *De Lingua Latina*, *De Comoedis Plautinis*, *Hebdomades vel de imaginibus*, *Liber de Philosophia*, *De bibliothecis*, etc. y Según Apiano, había escrito *Tricáranos* sobre el Triunvirato. (Apiano, *Bellum civile* II.9)

A pesar de su valía literaria, su pasado pompeyano le acarreó, tras el asesinato de César, la proscripción de M. Antonio. Sus propiedades fueron confiscadas, su patrimonio bibliográfico destruido y solo pudo salvar la vida gracias a la intervención de Q. Fufio Caleno, que le hospedó en su casa de recreo. (Apiano, *Bellum civile*, IV.47). Tuvo que esperar en esta situación hasta el 42 a.C. tras la batalla de Filipos y la amnistía decretada por el joven Octaviano para poder retirarse a sus villas de Casinum y Tusculum, (Cicerón, *Philologus* 2.40-41; Varrón, *Res Romana*. 3,4, 2 y 3, 13.1), para continuar con la labor intelectual hasta su muerte. De su prestigio es testimonio la colocación de su busto, estando aún vivo, en la biblioteca que fundara Asinio Polión, «*M. Varronis in bibliotheca, quae prima in orbe Asinio Pollione ex manubiis publicata Romae est, unius viventis posita est (...)*» (Plinio. *Naturalis Historia* VII.xxx.115)²⁹.

Asinio Polión nació unos cuarenta años más tarde que Varrón, (en el año 76 a.C.), y en su personalidad se entremezclan los rasgos e intereses de muchos de sus coetáneos: la política y la literatura. De la primera nos da fe su participación en la Guerra Civil en el bando de César, a pesar de que él mismo confiesa que tenía enemigos en los dos bandos y empujado a decidirse había optado por el campo de su amigo personal³⁰. Polión estuvo junto a César desde el prin-

27 En torno al 86 a.C. fue cuestor, hacia el 70 a.C. tribuno de la plebe, hacia el 68 a.C. pretor, en 59 a.C. vigintiviro dentro de una comisión encargada de realizar repartos de tierras.

28 Según relata Syme, su mayor obra era la titulada: «*Antiquitates rerum humanorum et divinarum*», en 41 libros, compuestos entre los años 55 y 47 a.C. y finalmente dedicados a César; SYME, R.: *La revolución romana*, Madrid, 1989; WISEMAN, T.P.: «Caesar, Pompey and Rome, 59-50 RC.», *The Last Age of the Roman Republic, 146-43 B. c.* vol. IX, The Cambridge Ancient History, Cambridge, 1994, pp. 368-423.

29 BOISSIER, G.: *Etudes sur la vie et les ouvrages de M.T. Varron*. Paris, 1986. A la edad de 80 años inició la composición de una obra monumental sobre la teoría y práctica de la agricultura.

30 En la correspondencia de Cicerón titulada *Epistulae ad familiares*. X.31.3, 2 y ss. Se encuentra una carta de Polión, datada en Corduba en marzo del 43, en la que así se expresaba; Plutarco. *Caesar*, 32.7.

cipio, desde el paso del Rubicón en el 49 a.C. a la última batalla de Hispania, teniendo incluso responsabilidades de mando en Farsalia, (Apiano, *Bellum Civile*, II, 82, 34.6) y, pese a ello, no aparece en los *Commentarii* cesarianos. Polión fue fiel a César y también a las instituciones republicanas, a la *libertas* en definitiva; y, por ello, sin embargo, la *dominatio* ejercida por su amigo le iba a causar daño y así, según opina Cánfora, tras la eliminación de César estaba dispuesto a que ningún otro pudiera ejercer tal dominación³¹.

La amistad y confianza de Julio César hacia Polión se vio testimoniada con el gobierno de la España Ulterior, incorporándose en el año 44 a.C., donde sufrió una derrota, (Dión Casio, *Historia Romana*. XLV,10). Seguidor luego de M. Antonio, y enemigo de Octaviano, se retiró de la política poco después del año 40 a.C., habiendo ejercido entre otros cargos el consulado. El desempeño de sus tareas político-administrativas fue tan eficaz que incluso fue celebrado por Virgilio en su cuarta égloga: «*Sicelides Musae, paulo maiora canamus;/ non omnes arbusta iuvant humilisque mysciae;/ si canimus silvas, silvae sint consulae dignae*»; Catulo, igualmente, alabaría su agudeza, Horacio le dedicó el libro segundo de las Odas y Helvio Cinna un *propemptikon*.

No son de extrañar estas alabanzas teniendo en cuenta que, además de su tarea política y militar, Polión era también un hombre de letras, pues había escrito tragedias, poemas eróticos, estudios gramaticales y discursos, así como sus *Historiae*, aunque escribe poco después de la batalla de Actium, es decir, unos veinte años después del estallido de la Guerra Civil, el cual siempre había deplorado. (Polión: *Epistulae ad familiares*. X.31.)³². La gran obra de Polión se ha perdido, salvo algunos fragmentos de poca entidad o supuestos préstamos localizables en historiadores posteriores como Apiano, Plutarco o Suetonio³³.

A pesar de todo ello, César prefirió confiar su proyecto a un enemigo suyo en lugar de a su fiel partidario, posiblemente porque le abría la posibilidad de acercamiento a otro acérrimo opositor a su poder personal al que admiraba y sabía de su enorme influencia en la vida política y cultural de Roma: Marco Tulio Cicerón³⁴.

Sin duda Cicerón es uno de los mayores intelectuales del mundo antiguo y también de una de sus grandes figuras políticas sino es alabar su prodigiosa sabiduría filosófica y política así como su profusa producción escrita³⁵.

31 Op. cit. pp. 301-302.

32 Organizaba recitales para dar a conocer diversas obras y dicha costumbre se extendió rápidamente. Vid. Séneca. *Controversiae* 4, *praeafatio* 2. Polión en sus *Historias* fue muy crítico y decía que César había cometido inexactitudes en sus comentarios incluso intencionadamente.

33 SYME, R., op. cit., p. 23; CANFORA, L., op. cit., p. 453.

34 En *ANRW*. 30.2, 1982, pp. 1265-1296; ANDRE, J.: *La vie et l'oeuvre d'Asinius Pollion*. Paris, 1949; BOSWORTH, A.B.: «Asinio Pollio and Augusto». *Historia*, 21 (1972), pp. 441-473; Vid. DIX, T.K.: *Private and public libraries at Rome in the first century B.C.: a preliminary study in the history of roman libraries*. Michigan: UMI, 1994.

35 (Arpino en 106 a.C) perteneciente al orden ecuestre, realizó estudios de oratoria con Apolonio Molón de Rodas, el estoico Posidonio y Antioco de Ascalón, influido igualmente por Hortensio, el epicúreo Fedro o Filón de Larisa. Inició pronto su carrera política como cuestor en Sicilia en el 75 a.C. (consecuencia de su labor fueron las conocidas Verrinas). Cónsul en 63 a.C., apoyó a Pompeyo y abortó la conjuración de Catilina. Su implicación política y liderazgo le llevó a enemistarse con César al formarse el primer triunvirato, lo cual le valió el destierro merced a las maniobras del tribuno Clodio. Retornó a Roma en 57 a.C., siendo en 51 a.C. elegido procónsul de la provincia de Cilicia. Clave en el desarrollo de los años posteriores fue su apoyo y la vinculación a la facción de Pompeyo en contra de la de César durante la Guerra Civil y así tras el asesinato del dictador, sus ataques a Antonio le llevaron a la muerte en el año 43 a.C. Recordando su notable producción intelectual: *Epistulae ad familiares* entre el 62 y el 43, *Epistulae*

Las relaciones entre César y Cicerón pasaron antes, durante y después de la Guerra Civil por diversos altibajos, pero parece que el respeto mutuo siempre existió así como una recíproca necesidad que utilizarse mutuamente para sus ambiciones personales. César era la figura sobre la cual giraría la política de aquellos años, pero el prestigio de Cicerón era enorme, como muestra el hecho de que el pueblo pensaba que era el único que podía impedir la Guerra³⁶. Esta se produjo, sin embargo, y Cicerón a pesar de las recomendaciones que se le habían hecho para permanecer al margen, como él mismo recoge en una de sus cartas a Atico, (Cicerón, *Epistulae ad Atticum* VII, 26,3.)³⁷, tomó partido por Pompeyo, al que elogia como el primero de todos los hombres presentes, pasados y futuros por su valor, sabiduría y gloria, reconociendo lo mucho que le debía. (Cicerón, *En agradecimiento al pueblo*, 7.16; 3.5) . No es de extrañar, por tanto, aparte de sus convicciones políticas, su toma de posición.

A pesar de ello, y tras la derrota pompeyana, en una carta del 20 de abril del año 46, Cicerón aconseja a Varrón que se oculte mientras.. «*Qui enim victoria se efferunt, quasi victos nos intuentur* (Cicerón, *Epistulae ad familiares*. IX, 16, 5...)», temiendo, claro está represalias, aunque meses después, e una carta a Lucio Papirio Peto de ese mismo verano del 46 a.C., manifiesta la opinión de que no ve «(...) *motivo alguno para temer nada del que todo lo puede (...)*» y que no cree que se deba arrepentir de su comportamiento pasado. («*Reliquum est, ne quid stulte, ne quid temere dicam aut faciam contra potentes (...)*», Cicerón, *Epistulae ad familiares*. IX, 2, 2)

Sin embargo, escribe Guillén: «(...) es curiosa la preocupación que siente César de retener consigo a Cicerón, y para ello lo rodea (...) de sus favoritos, que al mismo tiempo son viejos amigos». Quizá esta preocupación de César despeja los temores de Cicerón, y ya en el mes de mayo del año 46 a.C. , manifiesta a un amigo —posiblemente Varrón— que cena frecuentemente en compañía de los favoritos de César (*Epistulae ad familiares* IX,7.1-2).³⁸

Cicerón, además, se aprovechaba de la amistad con personas del entorno del dictador para, por medio de su intercesión, llegar hasta el propio César y pedir el favor por muchos pompeyanos que se hallaban en el destierro, cosa que César concedía de vez en cuando, esperando que Cicerón aprobara su parecer y defendiera su causa en el Senado, consciente de su influencia. (*Epistulae ad Atticum*. XIII,52).

ad Atticum, entre el 68 y el 43; las *Epistulae ad Quintum fratrem*, en tres libros o las *Epistulae ad Marcum Brutum*, entre el 60 y el 54. Entre las obras de retórica: *De oratore*, *Orator*, *Brutus*, *De optimo genere oratorum* o *Partitiones oratoriae*, Discursos como *Pro Archia poeta*, *Pro Roscio*, *Pro Murena* o *In Verrem*, por el asunto de Sicilia., destacando las series pertenecientes a las Catilinas (cuatro discursos en el año 63 a.C. contra Catilina) y a las Filípicas (diecisiete pronunciados contra Antonio). Son obras de pensamiento y filosóficas: *De finibus bonorum et malorum* o *Cato Maior de senectute*. Sobre Cicerón: ver: NARDUCCI, E.: *Modelli etici e società .Un idea di Cicerone*, Pisa, 1989; UTCHENKO, S.L.: *Cicerón y su tiempo*, Madrid, 1978.

36 César hizo divulgar una carta de Cicerón en la que le exhortaba a seguir el camino de la paz. Vid. *Epistulae ad Atticum* VIII,9,1-2; IX,11a.3 del 19 de marzo; IX.6a de César a Cicerón de marzo del 49 a.C. con respuesta en IX.11. a de Cicerón «(...) *me et pacis et utriusque vestrum amicum*». Incluso sus amigos Opio y Balbo le escriben para hiciera lo que pudiera para obtener un acuerdo entre César y Pompeyo y que él mismo se mantuviera neutral. «(...) *ne contra Caesarem pugnares*.» Vid Cicerón, *Epistulae ad Atticum*, IX.7.a

37 César le dice que era mejor que nadie pudiera decir que estaba con él, pero tampoco contra él. «*Quod me amicissime admones, ut me integrum, quoad possim (...)*». Más adelante, en VII.26,3 «*Si enim erit bellum, cum Pompeio esse constitui*»; BLEICKEN, L.: *Die Verfassung der Romischen Republik: Grundlagen und Entwicklung*, Paderborn. (1993).

38 GUILLÉN, J.: *Héroe de la libertad*. Salamanca, U.P, 1981, p. 253; WISEMAN, T.P.: «Caesar, Pompey and Rome, 59-50 RC.», *The Last Age of the Roman Republic, 146-43 B. c.*, vol. IX, *The Cambridge Ancient History*, Cambridge, 1994, pp. 368-423.

He aquí donde radica el interés de César por la persona de Cicerón: como instrumento político a su servicio y al de sus ambiciones; aquí es donde debemos encuadrar el proyecto de biblioteca pública, destinado a seducir al político pero también, y sobre todo, al hombre de letras. César, en efecto, quería servirse de Cicerón para conseguir estabilizar su posición y, por ello, no es extraño que le adulara llamándole *imperator* y pidiéndole consejo y apoyo político. Por su parte, el viejo político de Arpino en una carta a Atico reconoce ser consciente de la situación y escribe acerca de sus temores sobre el hecho de que César le pidiera su parecer sobre la posibilidad de servirse «(...) de la *auctoritas* de un pretor (...) para resolver su situación ilegal, de materializar el deseo oculto de llegar a la investidura como dictador. Pero Cicerón, de momento, no parecía querer aceptar su entrada en el juego.

Un hombre de letras, eso era Cicerón y quizá, en este aspecto, más vulnerable que como político. César era coetáneo suyo y compañero de estudios griegos en la adolescencia. Muestra de sus mutuos talentos literarios fue el «*Laus Catonis*» ciceroniano respondido por César en su «*Anticato*», el cual Cicerón por medio de Balbo le hace saber que lo ha apreciado mucho. (*Epistulae ad Atticus*. XIII, 50,1). César, por su parte, en su propia obra solicita a Cicerón que no juzgue severamente su estilo oratorio de hombre de guerra, según relata Plutarco en su retrato de César. 3,4 «(...) *legisse libros contra Catonem et vehementer probasse* (...)».³⁹

Ambos escritores podían entenderse, conocerse y hasta comprender sus necesidades intelectuales. Las cartas dejadas por el político de Arpino, en su faceta más humana e íntima están llenas de alusiones a sus escritos y preocupaciones intelectuales, literarias y editoriales (IV.14; V.4; VIII,12; IX,9; XII, 14; XIII.12; XIII.32...)

Además, dos cartas son reveladoras sobre el interés por los libros y bibliotecas de Cicerón, la I.7 de 13 de febrero del 67, en la que escribe a Ático sobre la posibilidad de formar una biblioteca que constituya un motivo de disfrute en su vejez, y la I.10 de mayo del mismo año, en la que considera gastar su dinero en una biblioteca.

Ya, durante la segunda mitad de los años cuarenta, Cicerón piensa sobre todo en sus estudios, en los que buscaba el entretenimiento y el deleite y que considera como un único recurso de salvación, sintiendo la necesidad de asociarse a personas de semejantes inclinaciones, entre ellos Varrón, a quien dedica las ocho primeras cartas del libro noveno del corpus epistolar titulado *Epistulae ad familiares*, en una de las cuales (IX,2,5.) escribe «(...) *a quibus antea delectationem modo petebamus, nunc vero etiam salutem* (...)»

No era gratuito el hecho de que César pensara en Varrón para dirigir la primera gran biblioteca pública de Roma, no solo por sus conocimientos sino también como medio de persuadir a un Cicerón que estaba en íntimo contacto con el personaje, de manera que le fuera útil para sus propósitos en el senado y las instituciones. Por otro lado, la designación de Varrón era, en definitiva, un gesto reconciliador hacia los pompeyanos así como un anuncio de una política liberal en lo intelectual, sin censuras ni manipulaciones.

Tanto Cicerón como Varrón anhelaban las viejas instituciones y querían tratar de educar a los romanos a través sus libros. En una carta a Varrón de abril del 46 escribe aquel: «*Si nadie se sirve de nosotros, escribiremos y leeremos sobre la constitución del estado, y si no pudiéramos en la curia y el foro trataremos de servir a la patria con nuestros escritos y en nuestros libros* (...). (*Epistulae ad familiares*. IX, 2,5)

39 En un momento determinado Cicerón piensa que César puede restaurar el viejo orden con sus tribunales y la estructura estatal y se siente optimista al respecto, pero dice que se quiere dedicar no a esta tarea sino a los estudios que está llevando a cabo. Vid. *Epistulae ad familiares* IV,9,4.

La otra cara de la moneda es la que representa Asinio Polión, primer y verdadero fundador de una biblioteca pública, al cual César no le realizó, al parecer, la misma propuesta que a Varrón, a pesar de que también era un intelectual y su biblioteca siguió posteriormente los mismos patrones que la cesariana, es decir, división en dos secciones: latina y griega. Quizá la causa residía en que era fiel partidario suyo y menos valorable o rentable políticamente para las ambiciones de César que los demás personajes mencionados. Su confianza en él era absoluta, como demuestra el hecho de que le otorgara el gobierno de la Hispania Ulterior, pero quizá precisamente por esta fidelidad se halla totalmente ausente también de los escritos cesarianos, aunque Polión en obras escritas bastantes años después de la Guerra, acusara a César de cometer inexactitudes premeditadamente.

La idea, independientemente de su gestación y de su intencionalidad tuvo un gran éxito, como ya expresamos al comienzo de esta trabajo, de manera que durante el primer siglo de existencia del régimen surgido de las cenizas de la República y aún más allá, prácticamente todos los gobernantes quisieron fundar, y de hecho fundaron, bibliotecas públicas que estuvieran acorde con la ciudad de mármol soñada por Augusto, utilizándolas, eso sí, en ocasiones para sus propios intereses personales y de gobierno.

De nuevo se confirmaba que la Historia del Libro y de las Bibliotecas no constituye, en forma exclusiva, el discurso del interés por el conocimiento y el culto por la palabra escrita. Las bibliotecas fueron, son y serán, un territorio no exclusivo de la cultura sino que forman parte de proyectos políticos y sociales. Toda estructura bibliotecaria, cualquiera sea su período histórico, se encuentra ceñida por factores tales como la tecnología de la época, el desarrollo económico de las sociedades que las sustentan y, fundamentalmente, por el planteamiento político de lo que se espera de ellas. Además, las bibliotecas a menudo fueron centros de poder silenciosos con la capacidad de imponerse en momentos críticos.⁴⁰

40 JACOB, CHR. «Lire pour écrire: navigations alexandrines». En: *Le pouvoir des bibliothèques: la mémoire des livres en Occident*. Dir: Marc Baratin = Christian Jacob. Paris, 1996, pp. 47-83.